

Buenos Aires, 1947. Es Profesora en Lenguas y Literaturas Modernas por la Universidad Nacional de Buenos Aires, de donde egresó en 1972. Durante 20 años formó parte del Centro Editor de América Latina. Desde mediados de la década del 70 dirigió numerosos proyectos editoriales. En 1986, fue co-fundadora de la editorial Libros del Quirquincho y como Directora de Publicaciones, hasta su alejamiento definitivo en 1992, sentó las bases de una línea renovadora y progresista en la edición de libros para niños y jóvenes. Su inmensa producción abarca la ficción, los libros informativos, la traducción y la teoría literaria. Por su trayectoria, fue nominada candidata por la Argentina al Premio Internacional Hans Christian Andersen en 1996, 1998 y 2000.

Este texto fue presentado en el V Simposio sobre Literatura Infantil y Lectura, organizado por la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, Madrid, España, noviembre 4-6 de 1998. Se publica con autorización de la autora. Próximamente aparecerá en un libro de la editorial Sudamericana.

Espacio social de la lectura

Elijo hablar aquí de la representación social de la lectura. Del lugar que tiene la lectura en el imaginario social de nuestra época. Creo que si no le encontramos ese sitio, esa función, y esa representación, los esfuerzos se vuelven estériles.

Una sociedad es una estructura muy compleja, compuesta por diversos sistemas, a su vez complejos y entretreídos unos con otros de variadísima manera: básicamente, el sistema político o de toma de las decisiones, el sistema económico, el sistema de la comunicación y la educación social y el sistema familiar, doméstico o de crianza. Toda práctica social está de algún modo engarzada en y atravesada por estos sistemas. Es decir que, si se trata de lectura, habrá que contemplar al mismo tiempo y sin perder de vista el conjunto, si hay libros y escenas de lectura en casa, si hay ocasión, modelos de lectura y estímulo apropiado en los medios de comunicación y en la escuela, si se producen bienes materiales asociados con la lectura -los libros en primer lugar pero no sólo los libros- y si esos bienes están al alcance de todos, y si, en el nivel de las decisiones políticas hay leyes, planes, modelos de gestión, etcétera, que faciliten la práctica y circulación social de la lectura. Tener en cuenta esta complejidad y esta simultaneidad de sistemas serviría para desenmascarar muchas hipocresías corrientes: funcionarlos que se llenan la boca con la defensa de la lectura pero no hacen nada por proporcionar libros u ocasión de entrar en contacto con los libros a la población, padres que acusan a sus hijos de no leer cuando, en verdad, los que no leen son ellos, bibliotecas sin libros, escuelas sin libros, planes de lectura con demasiados discursos y muy pocos libros, medios de comunicación en los que se lamenta que la gente lea

tan poco, pero que nunca incluyen reseñas de libros en sus columnas, etcétera.

Y, sin embargo, aun teniendo en cuenta todo esto, quedaría algo más, algo mucho más inasible, por atrapar. Porque la práctica de la lectura, como toda práctica social, además de ser lo que es y ocupar o no ocupar su sitio en el orden económico, político, educativo-comunicacional y doméstico familiar, nos significa algo. Es simbólica. Nos representa, porque le adjudicamos ciertos significados. Ahí es donde hay, creo yo, una punta que vale la pena aferrar.

Mi idea es que la lectura ha perdido su viejo significado social y no termina de construir uno nuevo, el que correspondería al mundo contemporáneo. Como verán, estoy en la línea de lo que ha expuesto el profesor Gil Calvo, pero yo no conocía su ponencia, esto lo escribí en mi casa, antes de venir...

Sin demasiada esperanza de concluir nada, pero con el ánimo de abrir un poco una trama demasiado apretada, me gustaría avanzar un paso al menos sobre lo intangible, sobre las ideas, fantasías y expectativas que nuestra época deposita en los libros, en la lectura y en las escenas lectoras (si es que de veras deposita algunas). Busco algo así como la imagen social de la experiencia -individual o social- de la lectura.

¿Qué simbolizó en otros momentos la lectura? ¿y qué podría significar hoy? Por tomar al vuelo algunas obras de la literatura en que la lectura se tematiza con fuerza: ¿qué es la lectura en el Quijote, qué en Madame Bovary, qué en La Madre, de Gorki, qué en La historia interminable, de Ende? O, pensando en términos de instituciones y prácticas grupales, ¿qué era la lectura para un curador de la biblioteca

en un Monasterio en el siglo XII? ¿qué para los primeros traductores de La Biblia? ¿qué para los que fundaron las bibliotecas populares en mi país en los últimos años del siglo pasado y los primeros de éste? ¿qué para los devotos del folletín? ¿Tenían de ella una representación semejante a la de quienes hoy, por ejemplo, organizan ferias de libros en las escuelas? ¿Qué clase de escenas lectoras se corporizan en nuestra imaginación cuando hablamos de lectura y qué sentimientos nos despiertan esas escenas? Para anclar en este asunto, delicado e inabismable pero, a la vez creo yo, muy pertinente, me parece útil echar mano del concepto que Raymond Williams, historiador de la cultura, llama "estructura de sentimiento" (*structure of feeling*) en su libro *The long revolution*. Viene como anillo al dedo.

Buscando definir el concepto, Williams recuerda cómo fue que dio con ese intangible. Fue cuando, al buscar en la obra de arte el reflejo de su época -la época a que la obra pertenecía-, notó que, si bien encontraba los referentes, y podía reconstruir, con mayor o menor precisión, la vida material, la organización social y, en una buena medida las ideas dominantes de ese tiempo, seguía habiendo algo, presente en esa obra, para lo cual no era posible encontrar un referente externo. Un tono, una pulsión, un latido, que tiene que ver no sólo con la conciencia oficial de una época -sus ideas, sus leyes, sus doctrinas-, sino también, además, con las consecuencias que tiene esa conciencia en la vida mientras se la está viviendo. Algo así como el estado de ánimo de toda una sociedad en un período histórico. Algo que se palpa y nunca se atrapa del todo, pero que suele quedar sedimentado en las obras de arte. A eso llama Raymond Williams estructura del sentimiento.

Aunque intangible, esta estructura de sentimiento tiene grandes efectos sobre la cultura, ya que produce explicaciones y significaciones y justificaciones que, a su vez, influ-

yen sobre la difusión, el consumo y la evaluación de la cultura misma. Se trata de un concepto muy interesante y muy rico que, pienso, puede servirnos de marco en el urgente replanteo de este asunto, tan llorón siempre, de la lectura. Tal vez, en lugar de acumular argumentos (y sofismas a veces) en torno al concepto, podamos comenzar a preguntarnos si hay un sitio significativo para la práctica de nuestro sentimiento. Sin ese sitio, no hay legitimación que alcance.

¿Cómo se explica ese perpetuo tono de insatisfacción cuando hablamos de lectura, esa vaga culpa, esa rara nostalgia?

Mi impresión es que confluyen en este momento un conjunto de "ideas acerca de la lectura" bastante cristalizadas, resabio de la estructura de sentimiento de un momento histórico anterior, y una experiencia viva de nuestro tiempo en la que la lectura no termina de encontrar su significación y su sitio. Hay un desencaje. Y ese desencaje genera desasosiego y llanto. También ceguera, prejuicios y muchos movimientos erráticos.

Da la sensación de que nuestro tiempo -me refiero a esa estructura de sentimiento, a ese tono de época- ha perdido su confianza en la lectura, no está muy seguro de para qué sirve y, avergonzado por haber dejado caer algo tradicionalmente tan valioso, de a ratos, compone elegías sobre ella y de a ratos la disfraza y la hace bailar como a un monito.

Este distanciamiento, esa sensación de incomodidad y de estorbo que despierta en uno lo que está ahí como un mueble viejo y demasiado aparatoso al que no sabemos que ubicación darle, es fácil de observar en el tratamiento que dan a la lectura los medios. Y en los equívocos que ese tratamiento genera. Por ejemplo, no es cierto que todo libro (cualquier libro) sea siempre mejor que cualquier programa de televisión (todos sabemos que hay libros pésimos y algunos programas excelentes).

Tampoco es cierto que los chicos de antes leyeran muchísimo más que los de ahora (algunos éramos lectores, muchísimos no lo eran y, si se juzga por la cantidad de libros para niños que hay en el mercado, habría que concluir que los chicos de hoy leen mucho más que los de antes). Sin embargo, estos postulados de la televisión mala y los libros buenos y de los aplicadísimos niños de antaño figuran entre los clichés más frecuentados por los entrevistadores de los medios. Pero no es que los entrevistadores piensen eso que dicen. No piensan eso ni ninguna otra cosa en torno a la lectura. La lectura no les significa nada, se limitan a echar mano de algunas frases que les parecen más o menos prestigiosas -y nostálgicas siempre-, y que les sirven, justamente, para no hablar de la lectura.

Hubo épocas en que no hacía falta reflexionar en torno a la lectura ni hacer reportajes en torno a la lectura, porque la lectura, viviente, significaba. Habría sido como reflexionar acerca de las ventajas de tener amigos, de hacer el amor, de poner música en las fiestas, de auscultar el estado del tiempo antes de largar la cosecha.

En la primera mitad del siglo pasado hubo en mi país un Gobernador de la provincia de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, que terminó concentrando la suma del poder público y convirtiéndose en dictador durante dos décadas. Como es habitual en los dictadores se apoyaba en una gran masa de analfabetos y ejercía un riguroso control sobre los libros. Muchos intelectuales refugiados en Montevideo hacían llegar novelas románticas (Hugo, Lamartine, Dumas), ensayos políticos (Cousin, Michelet, Saint-Beuve), y panfletos varios, de contrabando, a los opositores de Buenos Aires. Los libros llegaban disfrazados, escondidos, y se pasaban secretamente de mano en mano. El lector sabía que era un gran riesgo tenerlos, y leía, es de imaginar, seguro de que al leer estaba actuando sobre su mundo. Los que leían eran en ese entonces muy

pocos, pero la lectura, tanto para ellos como para los que debían impedirles leer, tenía un significado fuerte y claro.

Hacia fines de ese mismo siglo y comienzos de éste, llegaron a la Argentina más de un millón de inmigrantes. Las ciudades crecieron enormemente y la composición de la población se transformó en unos pocos años. Muchos de esos inmigrantes eran analfabetos, otros apenas alfabetizados. Pero conocían el valor de los libros. La bibliotecas populares -más de mil quinientas- que crecieron en cada uno de los barrios de las grandes ciudades y en cada pueblito, vinculadas a veces con las sociedades de socorros mutuos, los centros socialistas, los sindicatos, fueron la marca institucional de ese agudo interés, y representaron bien lo que la lectura simbolizaba para ese grupo social en ese momento histórico. Leer, y conocer, porque el conocimiento y la discusión estaban ligados a la lectura de biblioteca, era el modo de completar -y de dar sentido- a ese gran cambio social que ellos mismos habían iniciado al abandonar su terruño europeo para afincarse en un barrio americano. Los hijos de esos inmigrantes, mis padres, encontraban un sentido en ir a la biblioteca, en conocer escritores e ideas, en pasearse, tan campantes, por la cultura porque se la estaban apropiando. Leer era ocupar un espacio.

Y un último momento, no tan lejano. En 1977, en plena dictadura militar, mientras crecía vertiginosamente el número de desaparecidos, cayó una inspección de censura al Centro Editor de América Latina, donde yo trabajaba. El Centro publicaba en ese entonces excelentes fascículos de divulgación de historia y geografía, de literatura y de sociología, que se vendían a un precio muy barato en los quioscos. Era un fenómeno realmente masivo: entre 50.000 y 100.000 fascículos de cada colección por semana. La dictadura los consideró de izquierdas y, por tanto, subversivos. Un comando entró al depó-

sito y secuestró todo lo que allí había. Unos días después obligaron a que la propia editorial prendiera fuego a los libros. Si demostraba que los había quemado podía seguir editando y el editor recuperaría la libertad. No es una escena narrada por Bradbury, sucedió en un descampado de Avellaneda, provincia de Buenos Aires. Los que mandaron quemar esos libros, los que los producíamos y también los que los leían semana a semana teníamos todos una idea de la lectura. La lectura nos significaba algo.

En todos esos momentos, y en muchos otros mucho más famosos que éstos míos, locales, que quise evocar aquí, la lectura sí significaba. Tenía un sitio en el imaginario social. Y los que hacían circular los libros, los agentes sociales de la lectura, sus mediadores (editores, bibliotecarios, maestros, libreros, tipógrafos) eran siempre, a su vez, lectores, la lectura era para ellos significativa, funcional. Creo que es eso lo que extrañamos, la significación. No la masividad, que es lo que parece extrañar el plañidero "los chicos ya no leen como leían antes". Aunque hay muchos más libros que antes en el mundo y aunque, en un sentido democrático, son muchos más los que están en condiciones (potenciales) de leer, leer ya no parece significar, para la estructura de sentimiento de nuestra época, lo que significaba antes. Y no terminamos de encontrarle un nuevo significado.

¿Y qué significado podría tener la lectura en un momento histórico como el de hoy, dado el tono, la pulsión, la estructura de sentimiento vigentes? Creo que esa es la pregunta, y el desafío.

Leer parece suponer siempre encontrar una clave, una llave. Interpretar señales, perseguir el sentido. Ver el otro lado de las cosas. Hurgar y ahondar. Horadar, explayarse, criticar y tejer, construir un relato. Solo que lo de hoy no parece ser la crítica ni la argumentación, ni el razonamiento ni la narración -me refiero siempre a nuestra estructura de sentimiento-

sino más bien el consumo, lo fugaz, la acumulación destejada, lo fragmentario, el espectáculo. No manifestamos -y vuelvo a referirme siempre a la estructura de sentimiento de la época- mayor interés por las causas, por la historia de los acontecimientos, la razón de ser, las tramas, las consecuencias, sino que, más bien, nos dedicamos a beber a grandes sorbos las novedades. El tono parece ser así, efímero y voraz: consumir, sin causas ni consecuencias.

Todo esto, que parece verdad de Pero Grullo, que cualquiera puede pulsar con solo mirar a su alrededor y en el interior de su propia casa, viene a cuento porque contradice, bastante frontalmente, lo que supone la lectura. Que es siempre demora, construcción prolongada en el tiempo, y afinamiento, los dientes de la atención bien hincados en una historia, un tema, un pensamiento. Es decir, justo lo contrario de la fragmentación, la fugacidad y el "surfeo".

Gran parte de los esfuerzos -erráticos, como decía al comienzo, y hasta contraproducentes- en favor del restablecimiento de la lectura, parecen partir del intento de "acomodarle", algo obsecuentemente, creo, a ese clima de época. Poco a poco se la vacía de significado, y el afán termina jugando en contra.

Pensemos, por ejemplo, en el extraordinario activismo que se ha acumulado en torno a la lectura de los niños, sobre todo en las escuelas: dibujos, maquetas, representaciones teatrales, cambios de finales, intercambios de personajes, adivinanzas, palabras cruzadas, debates, peregrinaciones al lugar de los hechos, visitas de autores, etcétera. Está claro que busca generar vértigo y espectáculo (es decir, lo que habíamos encontrado como propio de la época) en torno a una práctica -la lectura- que se ve como demasiado quieta y anclada, demasiado perseverante, demasiado silenciosa, hasta aburrida.

O lo del "placer de leer", un eslo-

gan que hizo época. Tal vez haya nacido de esa campaña de recuperación de "la erótica del texto" en que se embarcó Barthes -campaña que, a su manera, también fue una especie de respuesta a ese cambio general en nuestra estructura de sentimiento-, pero tuvo otro signo, y terminó otorgándole a la lectura una categoría de goce pasivo, de práctica de almohadón, demasiado fácil y algo inofensiva, sin consecuencias. Una versión "blanda" de la lectura, que tal vez haya parecido la más apropiada para estos tiempos del "surfeo". "Lo divertido", como sabemos, se erigió en dogma, produjo un temible recorte de las lecturas y fomentó cierta frivolidad que, a la larga, terminó por alejar cada vez más eso que pretendía acercar: la lectura.

Pero nada comparable con los efectos, fortísimos, de la industria del libro sobre la práctica de la lectura y su representación simbólica.

La industria del libro, en la que las decisiones últimas ya no están más en manos de editores-lectores como en otros tiempos y hasta las primeras décadas del siglo xx sino de grandes empresas de lucro (que, en muchos casos, también tienen intereses en los medios de comunicación masiva), busca desesperadamente acoplar la lectura "a los tiempos que corren", para cumplir con su propósito, que no es, sin embargo, el de generar más lectores, sino el de vender más libros.

Los mecanismos que esa industria ha diseñado y perfeccionado en las últimas décadas para lograr su objetivo de vender más -básicamente, la segmentación del mercado y el culto de la novedad-, han terminado por deteriorar aún más la significación social de la lectura, según lo veo. Sin embargo, se podría argumentar que este afán empresario de querer vender más y más libros está llamado a actuar en favor de la democratización de la lectura. Como consecuencia los libros estarían cada vez más baratos y más al alcance de la mano (por ejemplo en la góndola de un supermercado).

Y es verdad. El afán de venta actúa en favor de la democratización del libro. Pero no parece estar actuando en favor de la resignificación de la lectura (a pesar de que hoy el discurso en torno a la lectura -y lo que se ha dado en llamar la "animación a la lectura"- haya quedado, en más que buena medida, en manos de los departamentos de promoción que dependen directamente de los intereses económicos vinculados con el libro). Y no contribuye a esa resignificación -o resignificación- porque los mecanismos diseñados para hacer crecer las ventas -la segmentación y el culto a las novedades- suponen también homogeneización en los contenidos, estricto encarrilamiento del consumo, y una complacencia, una falta de aristas que, me parece a mí, termina vaciando de significación a la lectura.

¿Por qué se fragmenta, se homogeneiza, se encarrila, se achata? Porque, para vender más, el mercado necesita fragmentar, homogeneizar, encarrilar y achatar. Fragmentando, homogeneizando, encarrilando y achatando los rendimientos son mucho mayores.

Pensemos en la novedad, esa urgencia permanente, esa fugacidad de que antes hablaba. El circuito se ha acelerado vertiginosamente. Una librería de Buenos Aires, en los meses que van de marzo a noviembre, que es nuestra temporada alta, recibe alrededor de 300 títulos nuevos por mes, entre los editados en la Argentina y los extranjeros. Al mes siguiente deberán hacerle sitio a los nuevos. La exigencia de novedad es devoradora. Para satisfacerla la industria crea nuevos segmentos: libros para neonatos, para niños que están aprendiendo a nadar, para anoréxicas, para recién divorciadas, para aficionados a las ciencias ocultas, a la pesca, al petit point, a las orquídeas. La segmentación hace ilusión de variedad y de novedad, pero en verdad repite. Lo que hay, dentro de esos formatos siempre variados, es "más de lo mismo". Pequeños territorios clausurados, sin vinculación unos con otros. Homogeneización y con-

trol, el paraíso del mercado, ningún riesgo.

Los buenos libros nuevos no logran hacerse notar en el maremagnum de las ofertas. Arrastrados por el flujo y reflujo que marca cada mes el ascenso y caída de los servicios, no están en condiciones de defender su espacio frente a los segmentos ni frente a los best sellers garantizados que, apoyados siempre en una marca editorial dominante, protegidos por una gran campaña publicitaria, un escándalo conveniente, y por lo general la aquiescencia descontada de la crítica, brillan como soles -aunque breves-, y hunden en la sombra al resto. Y con respecto a los viejos buenos libros, algunos -los que ingresan a la categoría de clásicos, prestigiosos o infaltables-, se reciclan, pero son pocos; la mayoría cae en desuso y deja de circular definitivamente. Grandes trozos de catálogo caen al suelo como ramas secas. Lo que vende manda, y marca el ritmo. Algo que nos debería conducir a reflexionar sobre las consecuencias que tiene para todos que el discurso acerca de la lectura haya quedado en manos del campo económico y ya no más del cultural, o el político, como solía ser en algún tiempo.

Esta dominación del mercado, que por supuesto no se limita al orden de los libros y de la lectura sino que abarca toda nuestra vida cotidiana y tiñe nuestra estructura de sentimiento con el color del consumo, no tiene por qué ser definitiva ni marcar el fin de la historia. Un lector, de hecho, jamás aceptaría que se decretara el final de la historia, jamás aceptaría una clausura.

Y, justamente, ya con el dedo metido en la llaga, ¿dónde está el lector a todo esto? ¿Qué puede significarle hoy la lectura? ¿Lector o consumidor? (No parece ser lo mismo). Y, si lector, ¿qué representa su práctica? ¿Prestigio social, como en otros tiempos? ¿Acción política? ¿Ensanchamiento de miras? ¿Una forma de llenar tiempos vacíos? ¿Qué es leer para nuestro con-

temporáneo? ¿Es estar solo frente a un libro? ¿Solo frente a la pantalla, abriendo un CD, navegando por la web? ¿Solo o en compañía en el cine, o frente al televisor, construyendo un relato, interpretando una noticia? Madame Bovary soñando pasiones fogosas en el jardín del convento, el Quijote haciendo carne al libro, con fe, resolviendo emular a los mejores; la madre del activista aprendiendo a deletrear con esfuerzo un panfleto en la novela de Gorki; Bastian protegiéndose, y exiliándose también, en la fantasía. Un muchacho, una muchacha leyendo un poema de amor en el tren, persiguiendo una novela en el espacio de neblina que corre entre dos estaciones del subterráneo, recomendándose uno a otro un ensayo sorprendente y encendido, o tentando caminos por la web, la gran telaraña, con la esperanza de dar con algo un poco más allá de la superficie, algún vínculo inesperado, alguna clave. Lectores todos. Todos, en el fondo, iguales al niño que, apoyándose en el dedo para no caer en el vacío, trata de dar con la clave de la letra y desvelar el misterio.

¿Si hay lugar para el lector hoy, con los tiempos que corren? Hay y no hay, según, porque ese sitio no se otorga, se conquista. Si hay lugar para el empecinamiento, para la memoria, para la insatisfacción y la búsqueda, hay lugar para el lector. Si en medio de las sollicitaciones, del bombardeo de mensajes, de la fragmentación casi intolerable, de la falsa variedad, de la profusión globalizada, hay quien todavía elige, se demora, quita escoria, busca sentido, y construye su relato, hay lectura. Si todo se vuelve manso "surfeo" y obediente consumo, la lectura -obligadamente- desaparece. No quedaría sitio para ella, que ha sido siempre, por definición, orgullosa, algo feroz, desobediente. 